

El imperialismo estadounidense, el madurismo sin Maduro y la soberanía venezolana después del 3 de enero

Por [Malfred Gerig](#) y [Federico Fuentes](#)

Fecha de publicación 31 de enero de 2026

Publicado en:

LINKS International Journal of Socialist Renewal

El ataque militar del gobierno estadounidense contra Venezuela el 3 de enero y el secuestro del entonces presidente Nicolás Maduro y de la diputada a la Asamblea Nacional Cilia Flores conmocionaron a la región. También han generado intensos debates sobre por qué y cómo se produjo, qué representa el nuevo gobierno de Delcy Rodríguez y qué significa todo esto para la soberanía venezolana.

Para discutir estas preguntas y más, Federico Fuentes, de [LINKS International Journal of Socialist Renewal](#), habló con Malfred Gerig, sociólogo de la Universidad Central de Venezuela y autor de [La Larga Depresión venezolana: Economía](#) política del auge y caída del siglo petrolero.

**¿Cómo interpreta las acciones militares estadounidenses que, tras desplegar buques de guerra por todo el Caribe durante varios meses, culminaron en un asalto militar a Caracas y el secuestro de Maduro y Flores?
¿Se trata simplemente de obtener el control del petróleo venezolano?**

Obviamente, la intervención militar se relaciona con el petróleo, porque todo lo relacionado con Venezuela se relaciona con el petróleo. Pero es un poco más complejo, porque convergieron dos factores: la crisis venezolana y la política exterior de Trump. La larga depresión venezolana, la crisis política y la externalización de la política nacional por parte de la clase política —tanto la élite gobernante madurista (alineada con Maduro) como la élite opositora— finalmente llevaron a una externalización de su conflicto. El debilitamiento, durante tantos años, de las fuentes de poder nacional —económico, político, institucional, militar y cultural— resultó en el episodio político y militar más humillante en la historia del país como república.

Este debilitamiento de la nación venezolana hizo atractiva la intervención de Trump. Primero, porque actuaba contra un gobierno sin base social y carente de legitimidad racional o legal. Estados Unidos sabía que el pueblo venezolano no defendería a Maduro, y esto influyó considerablemente en su decisión. Intervinieron contra un jefe de Estado impopular y sin legitimidad democrática.

En segundo lugar, porque las instituciones políticas del país eran completamente ilegítimas en términos legales y su capacidad para ejercer poder real estaba gravemente debilitada, como lo demostró la reacción a la operación militar. Y en tercer lugar, porque el gobierno de Maduro, al ser débil y haber socavado el poder nacional durante muchos años para aferrarse al poder por su propio bien, era un blanco fácil para que Estados Unidos comenzara a utilizar toda su política exterior hacia Latinoamérica.

Podemos añadir que la clase política venezolana redobló su apuesta por externalizar el conflicto, creyendo que Trump arbitraría de buena fe a favor de una de las partes sin exigir posteriormente un tributo. Ahí se ve el carácter moral, ético y, sobre todo, estratégico de las diversas facciones de la clase política venezolana. Si debe atribuirse la responsabilidad del catastrófico desenlace de esta crisis sistémica, es precisamente la clase política venezolana, tanto los maduristas como la oposición, a quien corresponde responsabilizar.

Este debilitamiento de la nación fue aprovechado por el "centinela extranjero", que ahora busca obtener ventajas económicas y políticas. Encontrarán la manera de obligar a Venezuela a pagar tributo, porque esa es la palabra que mejor describe la situación: Venezuela está pagando tributo [pagando como reconocimiento de sumisión]. Venezuela pagará caro este debilitamiento de la nación y los errores de su clase política.

Aquí, el petróleo es crucial para los planes estadounidenses de lucrarse con su intervención mediante el pago de tributos imperiales. Lamentablemente, el pueblo venezolano pagará caro, ante el territorialismo y el neomercantilismo trumpiano, nuestra incapacidad para resolver la crisis estatal por nuestra cuenta. Pagaremos con petróleo, pero también con dependencia y una pérdida de soberanía popular y nacional sobre nuestro futuro inmediato.

Pero Trump estaba negociando con el gobierno de Maduro, como vimos con la visita de su enviado especial, Richard Grenell, a Caracas. ¿Por qué no aceptar simplemente la oferta de Maduro de entregar los recursos de Venezuela a cambio de seguir como presidente?

Es evidente que, en cierto momento, Trump cambió de opinión y dejó de creer en Maduro como un socio negociador creíble. Ese momento llegó cuando Grenell fue retirado de las negociaciones. Trump se dio cuenta de que no se podía confiar en Maduro; Maduro ya no era el "hombre fuerte" en Caracas para Estados Unidos si estaba dispuesto a renunciar a todo para mantenerse en el poder. Al ofrecerlo todo a Estados Unidos, Maduro también perdió su credibilidad ante Rusia y China. El secretario de Estado, Marco Rubio, incluso afirmó [en una entrevista](#) que Maduro había "roto todos los acuerdos que había hecho". Maduro dejó de ser la persona que Estados Unidos creía que podía aprovechar para su política de "cambio de régimen externo" o realineamiento geopolítico, como se le conoce en términos de relaciones internacionales.

Cuando Trump retiró a Grenell, todos asumimos —o al menos yo lo asumí— que Estados Unidos iba a emprender una acción militar en Venezuela. En términos militares, fue muy similar a lo ocurrido con Rusia y Ucrania: esta intensificación militar no pretendía, como sugirieron algunos analistas, forzar una ruptura interna dentro del régimen, etc. Si eso hubiera ocurrido, habría sido la guinda del pastel para Trump. Estados Unidos iba a emprender una acción militar. El debate giraba en torno a la forma que adoptaría esta y las consecuencias.

En pocas palabras, Maduro carecía de la credibilidad nacional e internacional para llevar a cabo este realineamiento geopolítico. La credibilidad es muy valorada en la política internacional, y la de Maduro era prácticamente inexistente, al igual que su legitimidad racional-legal.

Usted dijo que Venezuela era vista como un blanco fácil para que Estados Unidos comenzara a utilizar toda su política hacia Latinoamérica. ¿Qué papel juega Venezuela en la política exterior de Trump?

Cuando Trump cambió de opinión, comenzó a usar a Venezuela como base para su política, ahora maximalista, hacia Latinoamérica. El objetivo ya no era solo Venezuela. Implementó políticas completamente irracionales, por ejemplo, incluir a Gustavo Petro, el popular y legítimamente electo presidente de Colombia, en la Lista Clinton [de personas sancionadas por su presunta participación en el narcotráfico y el lavado de dinero]. También han comenzado constantes amenazas de intervenciones militares terrestres en México, junto con una abierta interferencia electoral para apoyar a candidatos alineados con lo que podríamos llamar la Internacional MAGA, particularmente en Honduras y Argentina.

Venezuela se convirtió en la palanca de una política mucho más maximalista hacia Latinoamérica. Esta política se refleja en la [Estrategia de Seguridad Nacional](#) de la Casa Blanca y la reactivación de la Doctrina Monroe, con su "corolario Trump", que representa un momento crucial en la gran estrategia estadounidense. Tras esta reactivación de la Doctrina Monroe se encuentra toda una escuela de geoestrategas, desde Nicholas Spykman hasta Robert J. Art, que consideran el territorialismo en Latinoamérica esencial en un momento de conflicto global o hegemónico.

Según este territorialismo, América del Norte y del Sur poseen los recursos que Estados Unidos necesita para sobrevivir a una gran confrontación global, que inevitablemente perturbaría el mercado mundial. El «corolario de Trump» representa precisamente un retorno al territorialismo, donde Estados Unidos, al controlar el hemisferio occidental, puede permitirse un gran conflicto global sin aislarse ni caer en una depresión generalizada debido a interrupciones en la cadena de suministro.

Por eso hemos pasado del "Pivote hacia Asia" de la administración de Barack Obama al "Pivote hacia Latinoamérica" de Trump. Latinoamérica pagará el precio del declive del imperio y su retirada de Europa y, sobre todo, de Asia. Venezuela

ofreció a la administración Trump un oponente debilitado, con poca capacidad militar y desacreditado internacionalmente, sobre el cual basar una política de reorganización de Latinoamérica según la cosmovisión MAGA. El debilitamiento de Venezuela bajo Maduro ofreció a Estados Unidos una amplia gama de victorias a bajo costo.

Ideológicamente, ofrece la derrota del socialismo, a pesar de que el régimen de Maduro solo es socialista de nombre. Militarmente, ofrece una demostración de poder de fuego y persuasión. Geopolíticamente, es una maniobra de poder en la mesa de las grandes potencias, algo que Washington ansiaba. Económicamente, ofrece una importante ganancia petrolera para el estado estadounidense y las corporaciones que financiaron las campañas de Trump.

Se habló mucho de un cambio de régimen. Pero, al final, el poder sigue en manos de quienes gobernaban con Maduro. ¿Cómo podemos entender esta situación?

Recientemente escribí un [artículo sobre el concepto de cambio de régimen](#) . En «*La Larga Depresión Venezolana*» , afirmé que las sanciones impuestas por la administración Trump 1.0 no lograron un cambio de régimen desde arriba, pero sí lograron un cambio de régimen desde abajo; es decir, lograron un cambio de régimen en la economía política del país, orientándola hacia lo que denominé [neoliberalismo con características patrimoniales](#) y un modelo venezolano muy *sui generis* de [capitalismo clientelista](#) .

Este cambio de régimen desde abajo ha convergido con lo que podríamos llamar un "cambio de régimen externo" o realineamiento geopolítico. Un ejemplo claro de realineamiento, que mencioné en [nuestra entrevista anterior](#) , es el Egipto de Anwar Sadat. Estados Unidos logró un realineamiento completo del Egipto post-Nasser, volviéndolo contra la Unión Soviética. Eso es lo que Estados Unidos está haciendo ahora en Venezuela.

Habría sido extremadamente difícil lograr esto con Maduro, dada su inexistente legitimidad, credibilidad y capacidad para cambiar el clima político del país. Maduro lo intentó: en [su entrevista](#) con Ignacio Ramonet el 30 de diciembre, dejó claro todo lo que estaba dispuesto a ceder, es decir, todos los recursos naturales del país, que, como auténtico patrimonialista, creía que le pertenecían. Esa propuesta fracasó para Maduro personalmente, pero no para el madurismo sin Maduro. El realineamiento o el cambio de régimen externo continuarán, pero ahora bajo el madurismo sin Maduro.

¿Crees que Trump tendrá éxito en este realineamiento?

Hace unos días, cuando le preguntaron por qué actuaba así, [Trump dijo](#) : «Si alguna vez recuerdan un lugar llamado Irak, donde despidieron a todos —a todos, a la policía, a los generales, a todos— y terminaron siendo ISIS». Puede que

Trump tenga razón. Está intentando un enfoque diferente al del día después del inicio de un cambio de régimen. Pero eso no significa que vaya a tener éxito.

Venezuela se enfrenta, para usar otro concepto de las relaciones internacionales, a lo que se conoce como el "momento Shimonoseki", en referencia a la Guerra Sino-Japonesa de 1895. Esa guerra, y en especial los tributos y la humillación que siguieron a la imposición del Tratado de Shimonoseki por parte de Japón, inauguraron una era de humillación para China. Algo similar ocurrió con el Tratado de Versalles al final de la Primera Guerra Mundial, y sabemos cómo terminó. Pues bien, eso es precisamente lo que Estados Unidos está haciendo hoy: aprovechando el colapso del Estado venezolano, busca imponer un estatus colonial en forma de protectorado y un modelo colonial basado en el petróleo, irreversible a mediano plazo.

Este modelo implica que Estados Unidos, como lo solicitan los directores ejecutivos de las principales compañías petroleras estadounidenses, garantice que la situación se mantenga sin cambios durante un período considerable (20 o 30 años) y que se pague un tributo constante. Estados Unidos está transformando a Venezuela en un protectorado y asegurando que la contrarrevolución contra el nacionalismo petrolero venezolano, que fue la columna vertebral de la construcción del Estado venezolano a lo largo del siglo XX, sea irreversible. Diría más aún, que lo están haciendo con la aprobación de las dos principales facciones de la clase política venezolana.

Entonces, ¿qué está sucediendo exactamente? Una transición donde el "centinela extranjero" establece un protectorado y, con la aquiescencia de la clase política nacional, intenta hacerlo lo más irreversible posible. ¿Qué ha hecho esto posible? El debilitamiento extremo de los cimientos de la nación venezolana, hasta el punto de que los venezolanos prefirieron un ataque militar, una intervención militar, cuando resultó imposible resolver la situación por sí mismos y detener la transición del régimen de Maduro al patrimonialismo. Este debilitamiento de la nación se debió no solo a la clase política opositora, sino también a la clase política madurista, que durante muchos años ignoró las consecuencias para la soberanía nacional de sus estrategias para mantenerse en el poder por su propio bien, como su único *leitmotiv*.

¿Qué pasa ahora? La clase política venezolana ya no tiene ninguna capacidad de acción sustancial, ni la oposición ni la élite gobernante madurista. Solo les queda obedecer los dictados de Washington y competir por ser el mejor custodio para instaurar el protectorado.

¿Dónde deja esto a la oposición de derecha, que permanece fuera del poder?

En cuanto a la clase política opositora, hay mucho que decir. En primer lugar, es importante destacar la cosmovisión idiosincrásica de un sector de la sociedad venezolana que desconoce Venezuela y es totalmente servil a Washington. Esto

significó que la única estrategia disponible fue externalizar el conflicto, apostar todos los huevos a un centinela extranjero.

Si analizamos los discursos de María Corina Machado [líder opositora de derecha], especialmente después de las elecciones presidenciales del 28 de julio de 2024, podemos ver que no se dirigía a los venezolanos en Venezuela. Su única arma política fue la explotación emocional de la diáspora venezolana. Esto reflejó un debilitamiento total de su poder político interno, una incapacidad para gestionar y capitalizar el clima antigubernamental y de referéndum que condujo al 28 de julio de 2024, incluso con la represión gubernamental.

Este debilitamiento de la capacidad de resistencia interna de la élite opositora fue explotado por Estados Unidos. Toda la narrativa antivenezolana de Machado, activa o pasiva, fue completamente irresponsable y, me atrevería a decir, criminal. Machado y la clase política opositora proporcionaron al gobierno de Trump elementos, sin ninguna prueba, para reforzar su política antivenezolana, decretando en la práctica que los venezolanos eran *hostis humani generis* (enemigos de la humanidad), para así aprovechar no solo su política exterior sino también su política migratoria interna, basándose en la criminalización de una nacionalidad. Cometieron este crimen contra la nación venezolana. Este crimen se consumó cuando avalaron la intervención militar y se mancharon las manos con la sangre de los venezolanos asesinados por una fuerza militar extranjera el 3 de enero.

Ahora tenemos una clase política opositora, en su mayoría —o al menos la más conocida y con mayor apoyo, tanto a nivel nacional como internacional— que compite para ver quién puede instaurar mejor el protectorado estadounidense. Esa es la magnitud de nuestra tragedia.

¿Le sorprendió la rapidez con la que las relaciones entre los gobiernos de Rodríguez y Trump se volvieron tan amistosas, apenas días después del secuestro de Maduro?

No, porque era bien sabido que el régimen de Maduro venía orquestando un realineamiento, en el que estaban dispuestos a renunciar a todo —porque se creían dueños de los recursos naturales de la nación y del Estado venezolano, muy en línea con su patrimonialismo—, solo para permanecer en el “poder político”, como les gusta decir.

Tampoco fue sorprendente que la tan cacareada “guerra de los mil años”, “segundo Vietnam” o “resistencia permanente” durara solo dos horas y fuera una operación extremadamente humillante para las Fuerzas Armadas venezolanas. Todo esto era muy propio del régimen de Maduro: absoluta incompetencia militar y nadie asumiendo la responsabilidad de la humillación.

Esto no me sorprendió, porque la única doctrina en la que cree el madurismo —y ahora el madurismo sin Maduro— es precisamente el poder por el poder.

Abandonaron sus principios programáticos, ideológicos, éticos y de otro tipo hace mucho tiempo. Se han aferrado al poder durante mucho tiempo, sin intención de usarlo para transformar la sociedad ni nada por el estilo. Lo sorprendente es ver a Delcy Rodríguez en la Asamblea Nacional llamar "fondos soberanos" a los fondos administrados por el colonialismo de Trump: un episodio más de la masacre del lenguaje y la realidad a la que Venezuela, el reino de los eufemismos, se ha acostumbrado.

La situación actual es tan patética como preocupante. Trump da órdenes, como su decisión de administrar el monopolio de la venta de petróleo venezolano y gestionar los ingresos de dichas ventas con total discreción, transfiriendo al gobierno venezolano lo que considere oportuno, además de establecer un monopolio sobre las importaciones. Trump dicta órdenes, y ellos obedecen.

Está dictando asuntos de tal gravedad que es muy difícil afirmar que Venezuela es un país soberano en este momento. [El jurista y teórico político alemán] Carl Schmitt dijo: «Soberano es quien decide», y quienes toman las decisiones en Venezuela ahora mismo están en Washington.

Lo que presenciamos, en tiempo real, con cierta retórica e intentos de aferrarnos a las tradiciones de la Revolución Bolivariana, es el establecimiento de un protectorado colonial en Venezuela. Un protectorado donde el verdadero poder reside en Estados Unidos, y la clase política y el pueblo venezolanos son meros objetos de las políticas dictadas desde Washington, sin influencia en nuestro propio destino, al menos por ahora.

Dependerá del pueblo venezolano, de la nación venezolana, de las reservas morales, éticas y dignas que aún existen, decidir cuánto tiempo durará esto. La solución no vendrá del régimen de Maduro ni de la oposición. Si alguien puede actuar contra esta humillación nacional, es el pueblo venezolano, no la clase política que la causó.

El gobierno de Rodríguez está tomando medidas para reformar la ley de hidrocarburos de Chávez. ¿Por qué? ¿Qué está pasando con la soberanía estatal sobre el petróleo?

Lo que está ocurriendo es el desmantelamiento —para deleite de muchos en el país que siempre lo desearon— de los cimientos del nacionalismo petrolero venezolano. Este fue uno de los grandes pilares de la construcción del Estado y la nación venezolanos a lo largo del siglo XX. La Revolución Bolivariana, cuyo pilar fue precisamente la defensa de la soberanía petrolera, está, en este período de madurismo sin Maduro, supervisando el episodio más antinacional de nuestra historia petrolera. Es peor incluso que la era de [Juan Vicente] Gómez [de la dictadura militar entre 1908 y 1935], con sus concesiones petroleras que enriquecieron a la élite en el poder.

Hoy en día, lo que tenemos es un contrato de arrendamiento impuesto por la fuerza, en el sentido de que la producción petrolera se entrega a empresas privadas estadounidenses por un período específico. La reforma propuesta a la Ley de Hidrocarburos supone la renuncia de Venezuela como país productor de petróleo, retrocediendo a la primera mitad del siglo XX, cuando era un país propietario exclusivo del recurso.

En concreto, se trata de una radicalización de lo que ya estaba ocurriendo, su formalización. ¿Qué estaba ocurriendo ya? La [ley antibloqueo](#) y el llamado "modelo Chevron", ampliamente celebrado por Maduro, basado en Contratos de Participación en la Producción (CPP), en los que los socios de PDVSA lo controlan todo y donde hay una delegación absoluta en todos los asuntos operativos. En esencia, una capitulación ante la idea de ser un país productor de petróleo. El modelo Chevron se está radicalizando ahora; veremos este modelo intensificado, ya que también otorga a las empresas privadas estadounidenses el monopolio de la comercialización, la gestión discrecional de los ingresos, el monopolio de las importaciones, etc.

Algunos argumentan: "Pero pagan impuestos y regalías". Pero esto no está claro; su funcionamiento es absolutamente opaco. ¿Podemos tomar en serio la idea de regalías del 15%, como propone la reforma? Con el pretexto de aumentar la producción, ¿están revirtiendo la participación del Estado sobre su propiedad a lo que sucedía en la década de 1920? La participación del Estado en el negocio petrolero no se ejerce a través de las categorías legales de "impuestos y regalías". La renta petrolera es la forma en que el Estado recauda, en nombre de la nación, los ingresos que le corresponden por su propiedad del recurso. La renta petrolera es la participación del propietario en las ganancias del recurso. Hasta que esto se aclare, no se conocerá el verdadero alcance de la malversación de fondos públicos.

Obviamente, todo esto contradice la Constitución y la Ley de Hidrocarburos vigente. Por eso, deben adaptar la ley para reflejar las prácticas actuales, como lo solicitaron las compañías petroleras en su reunión con Trump. Esto permitirá que compañías petroleras con mucha mayor experiencia y capacidad ingresen al mercado, mientras que todas esas empresas fantasma, desconocidas y muy extrañas, como la propiedad del [amigo de Trump, Harry Sargeant](#), serán expulsadas. Estas compañías ingresaron a la industria petrolera sin supervisión ni transparencia, de manera completamente opaca. Los CPP fueron un prerrequisito para la entrada del capitalismo clientelista en el sector petrolero a través de estas compañías petroleras fantasma que servían a los intereses de la camarilla política y fueron creadas simplemente para saquear el petróleo venezolano.

[Abogado venezolano y ex Ministro de Minas e Hidrocarburos entre 1959 y 1963] Juan Pablo Pérez Alfonzo comprendió perfectamente que la consecuencia lógica de que el Estado fuera dueño del petróleo era que lo produjera, ya que ser productor era la única manera de maximizar los ingresos. Un Estado que no produce petróleo no tiene forma de obtener ingresos de su propiedad. Por lo tanto,

esta reforma reaccionaria a la Ley de Hidrocarburos, con el pretexto de aumentar la producción petrolera, elimina el papel del país como productor y propietario. En otras palabras, la propiedad del petróleo carece de sentido si no se puede extraer el recurso.

Además, este modelo prevé un país productor de petróleo que depende de la importación de crudo ligero y diluyentes para comercializar su crudo pesado. Los ingresos se desplomarán, incluso si la producción aumenta ligeramente. Venezuela se convertirá en un país productor de petróleo que depende de las importaciones de crudo y productos refinados. Esto es consecuencia de socavar la capacidad de la empresa estatal, PDVSA, para integrarse verticalmente durante 60 años.

¿Ve alguna posible resistencia a los planes de recolonización de Trump?

El futuro, a corto y mediano plazo, es muy difícil de predecir, porque considero que todos estos acuerdos son sumamente inestables. Es cierto que la clase política madurista es la que menos resistencia ofrece, por decirlo suavemente, a la implementación de la política exterior de Trump en Venezuela. No es casualidad que los informes de la CIA en los que Trump basó sus políticas eligieran al madurismo para liderar la transición hacia un protectorado. Y, como podemos ver, lo está logrando sin mucha fanfarria, por ahora.

Pero podría haber otras fuentes de resistencia y conflicto: por ejemplo, los conflictos internos dentro del madurismo podrían ser un punto de resistencia que lleve al colapso de esta nueva normalidad en algún momento. No por razones de dignidad ni por cuestiones éticas o programáticas, sino por las luchas de poder inherentes a cada facción, así como por los intentos de ajuste de cuentas entre ellas. Pero no preveo ningún problema ni resistencia importante al establecimiento de este protectorado proveniente de la clase política.

Tampoco espero que la base social del madurismo —lo que queda de ella— acuse al madurismo sin Maduro de traicionar el legado de Chávez ni la Revolución Bolivariana. Eso ya pasó hace mucho tiempo. El madurismo es un movimiento completamente acrítico, desideologizado, carente de doctrina y que solo aboga por la supervivencia económica de sus cuadros. Su única patria es el llamado "poder político", es decir, los privilegios que conlleva la gestión estatal.

Pero sí creo —y por eso mencioné el momento Shimonoseki— que las naciones poseen reservas morales y éticas que les permiten perseverar en su propia esencia, un cierto espíritu de patria. La Rebelión de los Bóxers siguió al momento Shimonoseki en China. La nación venezolana, de alguna manera, tendrá que demostrar una reserva de dignidad para reafirmar su perseverancia y afirmar su derecho al autogobierno.

Quizás estemos entrando en la encrucijada más importante de nuestra historia republicana, donde veremos cómo la nación se reconstruye y comienza a exigir

sus derechos, principalmente el derecho a decidir su propio destino. No faltarán reaccionarios que aboguen por la pérdida de la soberanía de la nación venezolana como penitencia por el catastrófico desenlace del conflicto político. Pero tampoco faltarán republicanos y bolivarianos que aboguen por la libertad, la soberanía, la igualdad, la virtud y el interés general y nacional-popular como un valor supremo que podemos otorgarnos y que merecemos.

¿Cree usted que es posible un retorno a la gobernabilidad democrática en el corto o mediano plazo?

Estados Unidos no espera una transición democrática, elecciones, etc., en un futuro próximo. ¿Por qué? Porque Trump tomó una decisión acertada —en beneficio propio— al comprender que el madurismo sin Maduro podría garantizar una estabilidad mucho mayor para el protectorado que un gobierno liderado por Machado o Edmundo González [el candidato presidencial de la oposición]. Habrían tenido que afrontar las demandas democráticas, económicas y populares que el madurismo ha reprimido.

Esta es, en gran medida, la razón de la decisión de Trump de que el madurismo lidere las etapas iniciales del protectorado, ya que representa el punto de menor resistencia para establecer los intereses estadounidenses en Venezuela. La transición al patrimonialismo parece haberse detenido, pero el capitalismo clientelista —con uno de sus representantes más importantes ahora al frente del gobierno— está muy bien posicionado para el futuro. Creo que debemos prestar mucha atención a esto para ver qué sucede a continuación. Para Trump, el tributo es lo primero, mientras que la democracia puede esperar.

No veo una transición a la democracia como lo más importante para Estados Unidos a corto o mediano plazo. Lo principal es que el protectorado sea irreversible o, al menos, generar grandes ingresos, en palabras del propio Trump. Y en esto, parece coincidir con el gobierno, que cree que hay que mantener al pueblo venezolano cautivo políticamente para que no vote por la extrema derecha. Creo que otros actores internacionales empezarán a presionar con el paso de los meses para que se forme un gobierno con legitimidad electoral, y creo que esto no será poca cosa.

Creo que la perseverancia de la nación venezolana en este momento depende de la reivindicación de nuestro derecho al autogobierno, de establecer un gobierno que defienda nuestros intereses nacionales. Pero también debemos centrarnos en fortalecer las fuentes de poder nacional, sin las cuales, siendo realistas, ninguna nación es viable en el sistema internacional. Una nación que colapsa militarmente, como Venezuela el 3 de enero, no es viable en el sistema internacional. Tampoco es viable una nación cuando sus sistemas de salud y educación están colapsados, sus instituciones políticas carecen de representación y legitimidad, etc.

Para Trump, los venezolanos solo podrán votar cuando ya no sean capaces de elegir en contra de los intereses estadounidenses, es decir, cuando el

protectorado sea irreversible. Pero para el pueblo venezolano, la participación política y la expresión electoral basada en sus intereses es un imperativo vital.

¿Qué puede hacer la izquierda a nivel internacional para apoyar la lucha del pueblo venezolano?

Lo primero que la izquierda debe entender es que su solidaridad debe ser con el pueblo venezolano, no con el gobierno de Maduro como lo fue antes, ni con el madurismo actual sin Maduro. Lo que en Venezuela pedimos es una ética política que apoye al pueblo venezolano, a quienes realmente han soportado esta crisis y seguirán soportándola por mucho tiempo.

Este gobierno dejó de representar los intereses más profundos del pueblo venezolano hace mucho tiempo. No solo no los representa, sino que, como vemos, no duda en aliarse con quienes buscan socavar los intereses de los pueblos del mundo. El hijo de Nicolás Maduro no dudó en afirmar que [Venezuela debería establecer relaciones con Israel](#), mientras que las acciones de Maduro hacia la izquierda global se asemejaron mucho a las de Machado con la diáspora venezolana: explotación emocional y nada más.

El gobierno de Maduro fue una debacle moral y estratégica para la izquierda, no solo en Latinoamérica, sino a nivel mundial. Cuando digo estratégica, me refiero a que Maduro fue un paladín de derrotas que debilitó a la nación y aniquiló la fuerza ética y política del movimiento que heredó. Lo redujo a polvo. Y cuando tuvo que poner ese movimiento en peligro histórico para defender su propio poder, lo hizo.

Este ataque del imperialismo estadounidense no demuestra que Maduro tuviera razón, que el imperialismo conspirara contra él ni que el imperialismo fuera la causa de todo esto. Más bien, demuestra que Maduro fue completamente incompetente —repito, incompetente— a la hora de defender a la nación venezolana del imperialismo.

Lo que Maduro hizo fue precisamente ayudar al imperialismo a hacer lo que quería con la nación: debilitarla militar, económica, cultural e institucionalmente, y sobre todo, debilitar a sus fuerzas populares, la soberanía popular sobre la que se asienta la nación y su transformación social. Lo que debemos preguntarnos es: ¿por qué un ataque como este, obviamente contrario al derecho internacional, obviamente contrario al derecho internacional, dio esperanza a la mayoría del pueblo venezolano, tanto dentro como fuera del país?

Además, Trump encontró al chivo expiatorio perfecto para impulsar su política intervencionista hacia Latinoamérica. Una política que, como vemos, va en contra del presidente Petro en Colombia, de la presidenta Sheinbaum en México, pero sobre todo, en contra de la soberanía nacional de esas naciones hermanas latinoamericanas. ¿Qué lo hizo posible? Fue el gobierno patrimonialista de Maduro, que un sector de la izquierda internacional, que no considera a los venezolanos sujetos de nada, se complace en defender.

Para gran parte de la izquierda, los venezolanos son incapaces incluso de una "tiranía doméstica", por usar una frase acuñada por [el libertador venezolano] Simón Bolívar. Esta izquierda absuelve al gobierno de Maduro de cualquier responsabilidad, incluso la del despotismo; para ellos, el único actor en toda esta historia es el imperialismo. El problema con gran parte de la izquierda global, especialmente en el Norte Global, es que no considera a los venezolanos —ni a la élite ni al pueblo— como sujetos de esta historia, actores de su propia historia.

No consideran al gobierno de Maduro un súbdito capaz de ejercer su propia tiranía interna, que es precisamente lo que terminó haciendo. Porque para ellos, somos meros objetos de una historia determinada por el imperialismo. La historia del imperialismo contra Venezuela es una narrativa conveniente para impulsar una política interna «antiimperialista» en sus respectivos países. Las complejidades de la realidad les importan poco.

Aunque parezca que ahora mismo carecemos de la capacidad de decidir nuestro propio destino, les aseguro que la nación venezolana renacerá de alguna manera, más temprano que tarde, y tomaremos las riendas de nuestro futuro y nuestro destino. Parafraseando al [escritor y] poeta colombiano [Gabriel García Márquez]: Los pueblos condenados a cien años de soledad tendrán una segunda oportunidad en esta tierra.

Versión original en inglés:

<https://links.org.au/us-imperialism-maduroismo-without-maduro-and-venezuelan-sovereignty-after-january-3>